

El antes y el ahora

Qué pequeñas eran las pequeñas cosas, pero qué grandes

FELIPE BENÍTEZ REYES



Como no hace falta decir, la vida se nos ha puesto muy rara: nos consuela más la rememoración nostálgica del pasado que las expectativas ilusionantes del futuro, en parte porque el futuro lo intuimos como un espacio de frustración, de lo que no podrá ser, de lo que nos veremos obligados a renunciar. De momento, el futuro es menos una incógnita que un vacío. El presente, por su parte, se nos ha reducido a muy poca cosa: este aluvión de datos estadísticos desalentadores, de noticias que a la vez son buenas y terribles. Esta sucesión de esperanzas que no son incompatibles con la desesperanza. Este agarrarnos, en fin, a cualquier clavo ardiendo.

Las circunstancias nos han vuelto elegiacos a la fuerza, hasta el punto de que las insignificancias antaño cotidianas –la barra de un bar, un abrazo, un brindis– se nos han magnificado en la memoria hasta alcanzar la categoría de acontecimientos históricos: qué pequeñas eran las pequeñas cosas, pero qué grandes.

Cada mañana, al despertarnos, disfrutamos de unos segundos de despreocupación, de regreso a la conciencia antigua, como si siguiésemos en la vieja forma de vida, hasta que caemos en la cuenta de que estamos en una realidad tan vehemente que hasta parece una irrealidad brumosa, un sueño cíclico del que no podemos escapar. No sé. Parece que vivimos de prestado, como intrusos en un mundo nuevo que no acabamos de entender del todo. Como exploradores de una jungla en la que hay seres invisibles que pueden matarnos al menor despiste. Salimos a comprar el pan, en fin, como si en las azoteas hubiese francotiradores.

El científico Ian Lipkin, una especie de Van Helsing de los virus, acaba de echar un jarro de agua fría en la hoguera de nuestro optimismo: «No creo que la vida vuelva a ser del todo normal», y no hay motivos para suponer que la vida que venga será mejor que la de antes, porque la de antes nos gustaba y la del futuro nos asusta. Estamos en una especie de ensayo general de la melancolía.

Ahora, el debate político se centra en la manera menos arriesgada de celebrar las fiestas navideñas. Un debate de altura que, como todo buen debate político, propicia la controversia de raíz ideológica, con sus adecuadas derivaciones sanitarias: unos proponen un máximo de seis comensales, mientras que otros se inclinan por aumentar el número a diez, aunque sin contar con el dictamen del virus, que imagino que tendrá su opinión respecto a qué es multitud y qué no. ¿Quiénes acertarán? Misterio. A estas alturas, estamos hechos a la idea de que nada volverá a ser como era, incluidos nosotros. Eso sí, y menos es nada: ya está encendido, en todo su esplendor municipal, el alumbrao.

Sánchez y la desinformación

JAVIER ZARZALEJOS

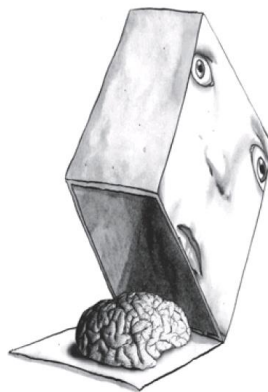
Cree que la democracia solo es auténtica si excluye a la derecha y, sin precisar a Bildu, ha dejado que Iglesias lo reclutara y lo justifica como una necesidad

Ahora que la desinformación preocupa tanto y por buenas razones, el Gobierno ha puesto en circulación su última elaboración desinformativa o desinformadora, no sé cuál sería el término adecuado. Lo cierto es que este nuevo relato circula por las redacciones, se comenta entre los iniciados y se repite en las tertulias, lo que significa que va ganando terreno.

La cosa la explicaría más o menos así el portavoz gubernamental de turno: «Esto de los Presupuestos está siendo un calvario y Sánchez se encuentra incomodísimo con los excesos de Podemos, las baladronadas de Rufián y el pacto con Bildu; pero, claro, todos estos saben que este es su momento para tirar de la cuerda porque el Gobierno, por responsabilidad, tiene que sacar las Cuentas como sea. Sánchez tiene que sumar porque no nos podemos permitir que los Presupuestos no salgan. Los miles de millones de Europa dependen de eso. Así que tiene que poner al mal tiempo buena cara y permitir tanto extremismo a costa de la coalición. El PP no ayuda. En el fondo esto es culpa del PP, sí. El pacto con Otegi es culpa del PP. Si el pacto con Otegi es culpa del PP. Si el pacto con Ciudadanos es culpa del PP. Iglesias, sin ir más lejos, es culpa del PP. Si el PP se fuera del Parlamento tendríamos una mayoría más cómoda, pero no hay manera con Casado. Sánchez aguantará por responsabilidad: incluso cuando se le atribuye un pacto con Bildu que, como todo el mundo sabe, no existe.

Cuando se aprueben los Presupuestos (PGE), entonces Sánchez se librará de estos extremistas y será un centrista que meterá en vereda a Podemos, dejará en letra muerta los compromisos con Rufián y volverá a archivar a Otegi. Porque Sánchez es un centrista, un moderado. Sólo hace falta esperar y no dar demasiada importancia a estos que dramatizan tanto. Ya veréis».

Hay quienes tragan con esta expecta-



JOSÉ IBARROLA

tiva de conversión de Sánchez al centrista, y no son pocos. El problema es que no es verdad. Sánchez, lamentablemente, no es un moderado, ni un conciliador, ni un dirigente responsable que en el colapso económico y social en que se encuentra el país por la pandemia haya buscado construir los consensos necesarios en las áreas centrales de la sociedad española. No ha venido para construir sobre las fortalezas del sistema constitucional, sino para cambiar el paradigma, como bien explicó Rufián.

Pero se trata de un cambio de paradigma que sustituye la fuerza atractiva del centro por la apuesta por los extremos y la polarización en la que Sánchez cree que siempre ganará. Cree haber encontrado la garantía de poder perpetuo con su alianza con la extrema izquierda populista, los independentistas catalanes, el Bildu de los 'ongi etorris' a los terroristas que no cayeron en la tentación de pedir perdón durante sus años de condena y con la es-

colta del PNV hasta que se deje. Le molesta la coalición y sus socios, pero no porque contradigan su inexistente moderación, sino porque le obligan a ceder poder. Lidera un partido que sólo le importa como instrumento, al que ofrece –controladamente– las ventajas de estar en el Gobierno, pero con el que únicamente mantiene un vínculo emocional de resentimiento y revancha porque es el partido que quiso acabar con su carrera.

Sabe que los barones patrióticos del estilo de García-Page no le aguantan un asalto y que, después de grandes aspavientos por los pactos con Otegi, aspavientos escandalizados que tanto admira la gente a la que estos barones dan el pego, terminan recitando el argumentario absolutorio para llegar a la conclusión de que la culpa, sí, la tiene el PP o Madrid que, según el mismo García-Page, ha pasado de ser «bomba vírica» para sus vecinos a convertirse en el Liechtenstein de la Meseta en perjuicio del dinamismo económico de Castilla-La Mancha.

Desprecia a sus antecesores por Adriana interpuesta –«a mi nadie me va a mandar callar», ha tenido que decir Felipe González– y está imbuido de la idea muy republicana –pero de la II República– de que la democracia sólo es auténtica si excluye a la derecha. Cree que ser maquiavélico es ser muy buen político porque, superficial en todo, identifica a Maquiavelo con la mentira. Por eso, lo que le quitaba el sueño ahora le hace dormir a pierna suelta ya que, como respondió al ser preguntado por Otegi, «es muy bueno tener Presupuestos Generales».

No ha necesitado nunca los votos de Bildu –ahí estaba Ciudadanos, o ¿por qué no una propuesta sería de acuerdo al PP?–, pero ha dejado que sea Iglesias quien lo reclute para luego justificarlo como una necesidad crucial. Cómo estará la cosa que parece que al PNV lo tiene con la mosca detrás de la oreja y mirando atrás para cuidar su espalda. Y harán bien.

Desnudo

ALFONSO DEL RÍO
@AdelRioMoreno



Podría haber titulado 'inermes' esta columna, pero no habría sonado igual.

Y es desnudo o inermes como me siento esta semana, eso es indudable. Este martes se publicó mi nueva novela: 'El lenguaje oculto de los libros'. Es un momento en el que te ponen en el foco, cuando lo único que quieres que esté en el foco es tu criatura. En el que te sientes observado, comentado y quien sabe si criticado y alabado a partes iguales. Porque un autor ya sabe

que, cuando publica su libro, ya no es suyo. Y por eso 'pesa' más sobre sus hombros.

También es un momento en el que sientes la humildad de tener que 'pedir favores'. Sientes que estás intentando vender algo, porque es básicamente lo que estás haciendo: estás intentando vender tu libro. Es una parte que creo que cuesta a muchos escritores. La de la promoción. La de la pelea por que tu novela no se pierda entre el mar de novedades, entre el mar de estimu-

los. Entre las baldas, que ahora se te antojan infinitas y atiborradas de títulos en cada librería. Es la pelea por no ser olvidado.

Pronto aprendí, con regusto amargo, que es algo que todo autor debe hacer: venderse. Y es algo que yo, por mis circunstancias, no me veo capaz de hacer como es debido. De ahí que sienta aún más la humildad de pedir ayuda a todos los míos para que me hagan parte del trabajo. Y en definitiva, con eso me quedo. Con que es un momento en el que también te sientes querido, porque ves cómo la gente que te aprecia se vuelca con tu empresa, para recorrer de su mano un camino que a veces se hace cuesta arriba. Porque, queridos lectores, ya no es mi libro. Ahora es el nuestro. Y por eso agradezco que me ayuden a llevar su peso sobre los hombros de todo el que se precie. Gracias.